

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEXTO.

La Ciudad-Imperio.—Consideraciones generales.—*The time is money.*—Las construcciones urbanas.—Tendencias á mejorar la ciudad.—El movimiento.—Una observación.—Fisonomía de las personas.—Broadway.—Edificios notables.—La Plaza de la Unión.—La Quinta Avenida.—La Plaza Madison.—Reflexiones.—La Catedral de San Patricio.—Impresiones.—El Parque Central—Brooklin.

Nos hallamos al fin en Nueva York; en la Ciudad-Imperio, como la llaman pomposamente nuestros vecinos; en el emporio de la riqueza, del comercio y de la civilización anglo-americana. Nos hallamos en la primera ciudad de los Estados-Unidos y acaso de América, no por otra cosa que por su numerosa población que con su complemento Brooklin se acerca al enorme guarismo de dos millones de habitantes. ¿Mas por qué una ciudad tan populosa no llama la atención del viajero sino por su inmensa extensión y por el movimiento que necesariamente debe producir en ella una aglomeración tan considerable de gente? Cuando la antigua Roma no había reunido dentro de sus muros un número tan crecido de pobladores, ya era la primera ciudad del mundo por su grandiosidad, por su magnificencia y por su aspecto bellissimo y encantador. Cuando París en el presente siglo no alcanzaba en población ese inmenso guarismo, ya era la capital del mundo civilizado y atraía á los habitantes del globo como al centro de la grandeza, de la hermosura y del bienestar. Nueva York con sus dos millones de almas, se halla todavía muy distante de adquirir ese rango en el mundo, y

apenas si se le da importancia en el extranjero como plaza mercantil y como ciudad populosa. Y es que Nueva York nació ayer, y es que sus habitantes se han preocupado menos por el progreso de la ciudad y por su embellecimiento, que por adquirir fortuna individual y aumentar ésta con la creación y el fomento de grandes industrias. Y es que la ciudad neo-yorquina, como la mayor parte de los grandes centros de población en los Estados-Unidos, ha se formado con la afluencia de inmigrantes que de muchas naciones del Globo acuden atraídos por el cebo de la especulación y movidos por el interés pecuniario.

De aquí que las letras y las bellas artes no hayan tomado asiento en un país en donde solamente la idea de ganar dinero preocupa los ánimos; en donde la expectativa del lucro pecuniario absorbe exclusivamente la atención de todos; en donde el cerebro de la sociedad está, por decirlo así, metalizado; en donde no se estima el trabajo y el tiempo sino como los grandes elementos para sacar dinero. *The time is money*: El tiempo es dinero. He aquí el axioma que hace la gran regla de vivir en los Estados-Unidos, y principalmente en Nueva York. El norte-americano, en todos sus actos, en todas sus empresas, no lleva otro objeto, no le guía otro móvil que el adquirir dinero y lo más pronto posible. El americano arregla todo á las combinaciones del cálculo: por eso no es artista. Si se trata de construir un edificio, estudia el modo de ocupar un reducido espacio de tierra, levantando las paredes á la mayor altura que puede, para emplear una pequeña suma en la adquisición del suelo; en la construcción usa los materiales más ligeros y más baratos, y en la ornamentación, si llega á pensar en ella, procura evitar todo lo que la haría costosa, y amolda las columnas y vacía las molduras, y funde las estatuas, para no gastar su dinero empleando el pico del cantero ó el cincel del escultor. Terminado el edificio en la cuarta parte del tiempo que debiera durar su construcción, la estética se resiente, el buen gusto se lastima; pero el propietario comienza desde luego á hacer productivo el capital empleado, y esto es lo que importa.

Lo que pasa en los edificios se observa en las construcciones de otro género, como los pavimentos de las calles, los puentes, los adornos de los paseos públicos, etc. Un embaldosado de sólida laja es costoso y no se hace con rapidez; la industria americana inventa un procedimiento para cubrir las aceras, empleando diversas arcillas y otros materiales que funde como si fueran de cera, y extiende capas más ó menos gruesas, con las cuales sustituye el embaldosado mediante un costo de la cuarta parte y en un espacio de tiempo mucho más breve. Si se trata de un puente, el pórfido y el granito no entrarán en su construcción; cuesta demasiado caro el labrar las piedras y conducir las al lugar en que han de ser colocadas; el puente se hace de madera, de fierro ó de una composición que llaman piedra artificial, que actualmente es empleada en Nueva York en casi todas las construcciones, y de la noche á la mañana aparece el puente uniendo las dos orillas de un canal ó las riberas de un río. Si se ha de adornar el primero, y digamos el único paseo de importancia de la ciudad, el *Central Park*, las bancas y las fuentes, los balaustrados y las columnas, los pedestales y los macetones, se hacen de una pasta que se amolda como el barro, y en realidad no es otra cosa que barro; se funden las estatuas en fierro, y toda aquella ornamentación y todos aquellos monumentos se ofrecen á la vista con la apariencia de haber sido formados de una sola pieza de pórfido, de mármol ó de granito.

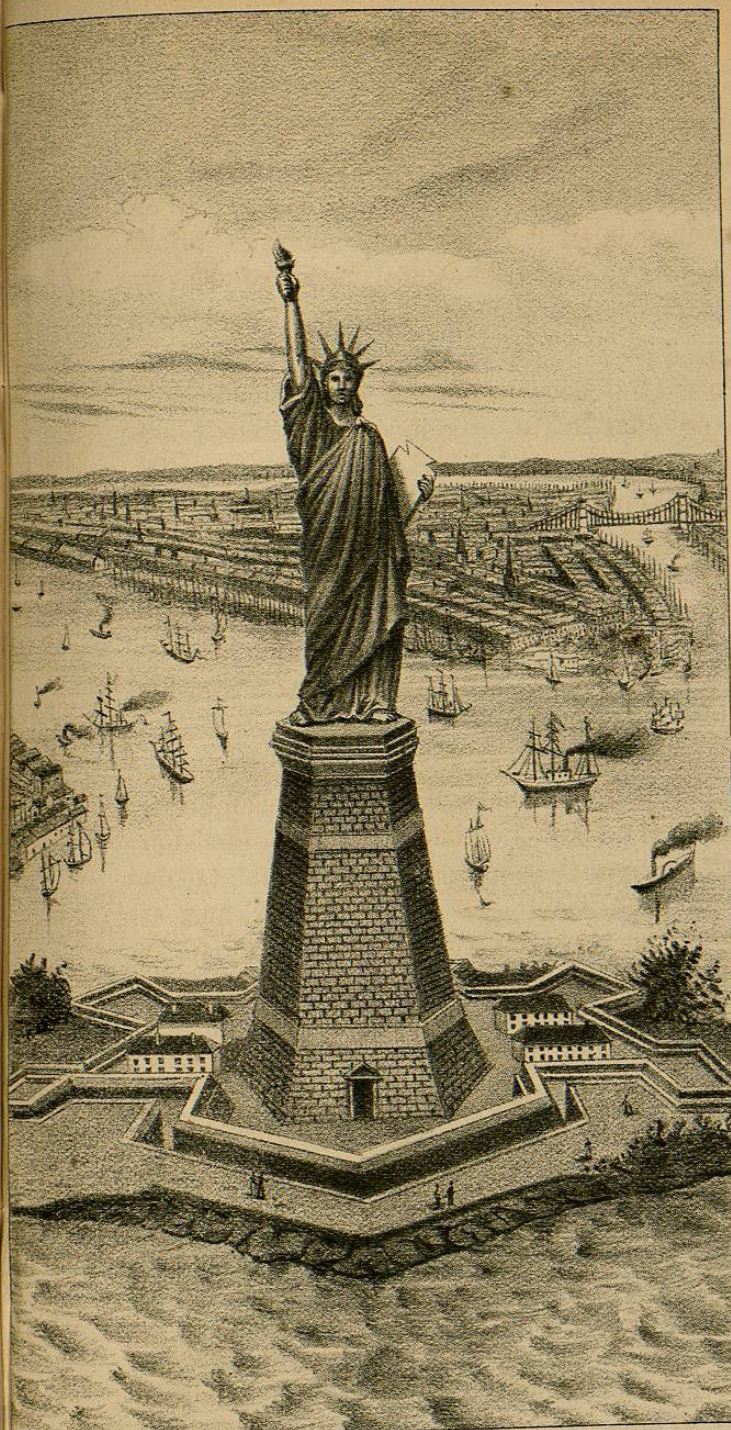
Ya se deja entender que el arte en aquellas y en estas construcciones nada tiene que admirar, y es de suponer que su duración será de muy corto tiempo. Mas esto no preocupa á los americanos; que se hagan las cosas pronto y con economía de dinero, y nada importa la belleza artística y poco la duración. Si del arte se trata, los americanos distan mucho de ser artistas; si se trata de la conservación, el que venga mañana que trabaje de nuevo, y además ¿para qué son las compañías de seguros? ¿Tendrían estas grandes negociaciones la importancia que tienen actualmente, si los edificios estuviesen contruidos con solidez? Obsérvese si no; en nin-

gún lugar del mundo hay tantas y tan poderosas compañías de seguros como en Nueva York, y en ninguna parte hay tan frecuentes incendios y siniestros de toda clase como en la gran ciudad americana. Por otra parte, ¿no es ventajoso para aumentar el movimiento del capital que los edificios estén desapareciendo constantemente y sean renovados todos los días?

Obedeciendo á estas consideraciones y reduciendo á la práctica las expresadas teorías económicas, los americanos construyen pocos edificios verdaderamente sólidos, y pocos hay en Nueva York que puedan presentarse como obras de arte. Señálanse por esto como grandiosas construcciones, y apenas merecen ese calificativo, la Casa de Correos y el edificio de la Aduana, y otros dos ó tres establecimientos públicos, y entre los particulares, el de la Compañía de Seguros (Life insurance) el del *Herald*, y el llamado palacio Stewart en la 5.^a Avenida.

Entre los templos se citan como de gran mérito artístico la iglesia protestante de la Trinidad y la católica de San Patricio. De monumentos no hay que puedan llamar la atención sino el del Obelisco en el *Central Park*, y el de la Libertad en la bahía. Y estos monumentos no son obra americana; el primero fué regalo del virrey de Egipto, y el segundo de la Nación francesa. Respecto de los otros edificios notables antes mencionados, ya manifestaremos nuestra opinión acerca de ellos, y se verá que no tienen la importancia que se les ha querido atribuir, artísticamente considerados.

Justo es decir que de algunos años á la presente, se viene observando alguna tendencia á mejorar el aspecto de la ciudad neoyorquina, que se hace notar principalmente en la gran avenida llamada *Broadway* y en algunas otras, así como en muchas calles transversales; pero aun á impulso de este movimiento, la ciudad no gana demasiado en belleza artística. Cierto es que las avenidas han sido ampliadas considerablemente, que muchas calles han sido regularizadas, que los edificios se han renovado en ellas completamente; pero en primer lugar, las reglas de la estética no han sido



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO

ESTATUA DE LA LIBERTAD.
NUEVA-YORK.

observadas en la construcción, y después, se va llevando tal simetría en las fachadas de los edificios, que hay muchas calles cuyas casas son tan exactamente iguales en el exterior que parece fueron vaciadas en el mismo molde. Es bien sabido que donde no hay contrastes no hay verdadera belleza; la variedad constituye el encanto del conjunto. La simetría en un solo edificio, generalmente produce buen efecto; pero en la aglomeración de estos, engendra monotonía. Nápoles no sería una de las ciudades más bellas del mundo si sus edificios se levantarán á la misma altura, si su forma fuese idéntica y estuviesen contruidos con el mismo material. En la fabricación de esa piedra artificial de que han sido contruidos la mayor parte de los edificios modernos de Nueva-York, se ha preferido la imitación del pórfido rojo: hay varias calles en que todas las casas aparecen revestidas con este material; ¿será bella su apariencia? Que respondan la estética y el buen gusto.

Tal es á grandes rasgos la Ciudad-Imperio, considerada bajo el punto de vista del arte. Si consideramos ahora el movimiento de los habitantes y el tráfico por las calles, debemos decir con entera verdad que no corresponde el movimiento y la animación á la importancia numérica de la población. Será que los ferrocarriles elevados y las tranvías y los *ferryboats*, transportan constantemente por los aires y por el centro de las avenidas y á través de los ríos una inmensa cantidad de gente; será que los embaldosados en las calles más frecuentadas tienen una grande amplitud; será que los americanos caminan siempre de prisa y es raro que se detengan en la calle los viandantes; será, por último, que la mayor parte de la gente se halla en las casas de comercio ó en los establecimientos de industria; el hecho es que en Broadway y en la 5ª y 6ª avenidas y en la calle 14, que son las de más movimiento, á ninguna hora del día se ven obstruidas las aceras por la infinidad de transeuntes que obligan al viandante á detener el paso á cada momento en la animadísima vía de Toledo en Nápoles ó en la del Corso en Roma. Otra cosa llama la atención á propósito del movimiento en Nueva York, el nú-

mero relativamente pequeño de carruajes. Hay poquísimos de alquiler, que por cierto se pagan á muy alto precio, y de particulares no ruedan por las calles ni la mitad seguramente de los que recorren á toda hora las de las grandes ciudades de Europa, aun las que tienen mucho menor población. En el mismo *Central Park*, á la hora del paseo, no se ve ni el cincuenta por ciento de los que ocupan la gran vía Chiaja en Nápoles, y ya se sabe que la población de Parthenope es la tercera parte de la de Nueva York, comprendido Brooklin.

Otra observación hicimos acerca de los habitantes de la gran ciudad americana. Hállanse allí confundidas las clases de tal manera que no se acierta á distinguir en la calle al simple obrero del rico capitalista: la gran señora y la mujer que vive del producto de su trabajo apenas podrían distinguirse. Todos, pobres y ricos, visten casi de la misma manera; todos tienen el mismo aspecto y muy semejante porte. La elegancia en el vestir es como la ornamentación en los edificios; obedece á cierta regla general que sufre pocas excepciones; todos los edificios se parecen unos á otros; todos tienen cierta apariencia decorosa y pocos hay de buen gusto: toda la gente se presenta en público aseada y decente, pero pocos visten con verdadera elegancia.

Esta especie de uniformidad que se nota en Nueva York, en las casas, en los muebles, en los carruajes, en el vestir de las gentes, se ve hasta en las fisonomías de las personas, hasta en las facciones de los individuos. La raza norte-americana, no obstante que se halla cruzada con la inglesa, con la alemana, con la francesa y con la italiana, tiene cierto carácter peculiar que la hace aparecer homogénea. En cualquiera grande reunión á que se concurra, se ve dominar el color blanco y los ojos claros; en lo general, no se puede decir que la raza americana es fea, y sin embargo no la llamaríamos hermosa. Las mujeres no son generalmente feas, más bien se las puede calificar de hermosas; pero carecen de atractivo; algo de varonil se advierte en el desarrollo de su cuerpo; algo de masculino en la expresión de sus ojos. La gracia y la

desenvoltura de la mujer meridional no se encuentra en la mujer americana; pero tampoco se advierte en ella la tímida sencillez de las del Norte de Europa. La mujer de los Estados-Unidos como que parece destinada por la naturaleza para sustituir al hombre en el trabajo y en las ocupaciones de la vida civil y doméstica. Se la ve efectivamente en los escritorios llevando la contabilidad, en las tiendas de comercio despachando las mercancías, en las oficinas públicas desempeñando diversas labores; se la ve subir á la tribuna en las reuniones populares: en las calles, en los paseos va en el pescante de una carretela manejando los caballos. La mujer norte-americana se basta á sí misma; no necesita del hombre para ganar dinero, para gobernar la casa, ni para cuidar de su propia honra: ya dijimos que se ocupa en todos los quehaceres con que el hombre acostumbra ganar la subsistencia: que se abstenga algún calavera atrevido de tomarse con ella alguna libertad, porque le estampará una bofetada en el rostro en medio de la calle.

No nos difundiremos más en apreciaciones generales respecto de la ciudad de Nueva York, sus cosas y sus habitantes. Diremos una palabra acerca de los lugares, de los establecimientos, de los edificios que nos fué posible visitar en los tres días que nos detuvimos esperando que arreglara nuestra partida el agente del Ferrocarril Central. Queremos principiar por la avenida llamada Broadway, la principal arteria del movimiento y del comercio en la gran ciudad americana. Broadway, tiene una extensión de más de cuatro kilómetros. No es recta ni enteramente regular en su forma; su mayor anchura es de 25 metros; sus embaldosados tienen considerable amplitud; sus edificios son de gran elevación la mayor parte; sus tiendas de comercio, sus almacenes son de mucha importancia, llamando la atención del viajero algunos como el de Stewart, que ocupa una manzana entera, y encierra en ocho pisos gran cantidad de mercancías de diversas clases, representando en su conjunto un valor de millones de pesos; el edificio de la *New York life Insurance Company*, que es también grandioso y su fachada principal está revestida de mármol,

y el de la librería de Appleton y Compañía, construido de fierro y cristal. Entre los grandes establecimientos industriales de Nueva York y acaso de la Unión americana, figura en primer término el conocido con el nombre de *American Bank Note Company* ó sea la Compañía de Billetes de banco. El edificio es de imponente aspecto por su extensión y capacidad, y su importancia como establecimiento de industria es reconocida en muchas naciones de América y de Europa.

Como edificios públicos notables hay la Casa de Correos, que puede reputarse como uno de los primeros de la ciudad, ya por la solidez de su construcción, ya por cierta magnificencia exterior que ostenta en sus fachadas.

La Casa de Ayuntamiento, *City Hall*, es también notable por su grandiosidad, y aunque su exterior no sea estrictamente artístico, no carece de elegancia en sus formas, ni de suntuosidad en su ornamentación.

El Palacio de Justicia figura entre los grandes edificios de la ciudad y se halla situado á espaldas del Palacio municipal. La riqueza de los materiales con que aparece construido, que nosotros dudamos si son mármoles ó imitación de ellos, no está en armonía con la arquitectura, que aunque de grandioso aspecto, no tiene mérito artístico.

Uno de los más soberbios edificios que llaman la atención en *Broadway* es sin duda la iglesia protestante de la Trinidad. Es como si dijéramos, la Catedral del protestantismo americano, y probablemente la más antigua en su origen, que se remonta al año de 1696. Ha sido reedificada dos veces y su actual construcción data del año 1846. Su arquitectura es gótica como en la mayor parte de las iglesias de Nueva York. Su principal adorno exterior es la torre que se eleva á cerca de cien varas sobre el nivel del piso. Está construida con piedra rojiza y la techumbre es de madera.

Entre las plazas que interrumpen la sucesión de calles que forman el *Broadway*, debe mencionarse la *Union Square*, plaza de la Unión, que se halla adornada con bonitos jardines y sombreada con hermosos árboles. Allí se levanta un monumento de granito artificial que remata una estatua ecuestre

de Washington, fundida no sabemos si en bronce ó en fierro, y no se recomienda por la ejecución artística. Esta plaza es un bonito y elegante paseo, uno de los más agradables que tiene Nueva York.

De la plaza de la Unión, atravesando la calle 16ª hacia el Este, hay otra bonita plaza que también sirve de paseo, y en ella está situada una iglesia protestante de moderna y elegante construcción que es nombrada de San Jorge. Llama la atención que los sectarios que condenan el culto de los santos, pongan á los templos los nombres de aquellos héroes insignes del Catolicismo. Es una gran inconsecuencia de los disidentes de nuestra comunión, y se presta á comentarios que no dejan bien puesta la buena fe de los protestantes. El aspecto de la iglesia es severo y elegante á la vez. Adornan su fachada principal dos esbeltas y elevadas agujas góticas que sirven de campanarios. La estructura general del edificio es sólida, y el estilo, aunque no en toda su pureza, se recomienda por la regularidad de sus líneas, y por la sobriedad de la ornamentación, en la cual sin embargo no se extraña el cincel de artistas ejercitados. En el interior llama la atención el artesonado de maderas preciosas en que brillan la buena talla y el dorado exquisito.

La 5ª Avenida es la primera entre las principales de Nueva York, después de Broadway, ora por su gran extensión y considerable amplitud, ora por lo muy transitada, ora por los edificios que en ella se ven situados, que mucho superan en belleza á los que adornan otras avenidas. Allí están los palacios en que reside la aristocracia del dinero, única que se conoce en los Estados-Unidos; allí muchos templos protestantes pertenecientes á diversas comuniones religiosas; allí por último la Catedral católica de San Patricio, el primer monumento arquitectónico de la ciudad, y acaso de la Nación americana, no de América como se ha pretendido por algunos viajeros y lo afirman unánimemente los escritores americanos. Entre esta y la cuarta avenida se halla la gran plaza Madison en donde hoy existe un monumento de oprobio, que no de gloria, para los Estados-Unidos; el que recuerda la inva-